

la conducta que he estado llevando desde hace casi 30 años. Aquí hay que tener paciencia sino lino se volvería loco. Ahora soy profesora: doy clases de pintura y estoy haciendo curso para ser consejera de jóvenes. drogadicción, le mucho, hago deporte y mantengo la salud puntual con yoga. He tenido exposiciones de mis pinturas y me gradué con tres años de estudio, en "primera con el título: Mi familia es mi prioridad. Un día es el encargado de hacer su camino y nadie es responsable por él a que uno haga sólo uno.

¿Cómo imagina cuando le digan que es libre. Es su primer y último pensamiento del día, cuando se acuesta y se levanta. El próximo "para leer": Para cobrar su libertad, será el 12 de mayo de este año. Reflexiona y ve que nada de lo que hizo vale la pena. Perdió toda su vida por seguir algo que era falso: un hedonismo que no podía alcanzar en otro sentido, quizá viviendo feliz con su familia en el campo y con muchos hijos.

¿-Sólo tal vez no vaya a tener hijos, pero voy a disfrutar mis brinos como si fueran míos. No sé si voy a vivir o qué voy a hacer, sólo sé que quiero salir ya. Si la casa no me alcanza para el 12 de mayo, no sé qué voy a hacer en mi vida.

Tengo mucha fe de que a gente vade verdad mi cambio y me voy a ir. Sólo quiero irme ya.

Junio de 2004

Tatiana

Dennis Orlando Tafur Blandón'

"Hola, mi amor, ¿quieres Ulla noche de pasión?", preguntan los travestis que se confunden con las prostitutas de la carrera ctava entre la primera y décima de allí lo que antiguamente llamaban "la calle del pecado".

La ciudad, en su curiosidad, refleja lo ánimo de la gente de querer festejar. Uno entran a tomar una copa de aguardiente en los grilles, tras se quedan en la calle buscando plaza, bajando rebaja en un cheque perada.

Por la tarde, por una costumbre y corriente adullan con un compra paean buscando algo de brío, siempre atentos al ladrón. Pero a la mitad de la noche la calle del pecado cambia de habitantes: se prenden las luces y se instala un ambiente festivo donde se ofrece otro tipo de mercancía: la del sexo. Putas travestis, buscando cómo ganar la plata, se pasan de arriba abajo esperando quien la recoja.

En su mayoría son mujeres solas con muchas cosas, con las piernas forradas en medias, con blusa pequeña que muestran barrigas abultadas por la falta de ejercicio. Algunas en pantalone, otras en shoes. Al verlas, se reconoce una profesión, la del streza que tienen para caminar y correr (cuando la policía la persigue) en tacone de diez o más centímetros.

Lo transeúntes de la noche, los que recorren estos lugares, siempre andan en busca de un trago, una pulea o una mujer. A veces buscan las tres cosas y presa razón, la mujer que por allí trabajan nunca andan de armadas.

"Mirá, es por aquí", dice Tatiana entrando a "Las mejores", el sitio más caro de la "zona rosa": Quienes entran y trabajan aquí son los que tienen más clase. El lugar, por fuera, es una casa con una fachada

antigua, con un anuncio en pintura blanca y azul, en la parte superior de la puerta, que dice Las mejores, y otro, en papel que dice "hoi por la compra de una botella reciba un descuento en la segunda". "A esta jueputa le tengo que enseñar a escribir": dice Tatiana con su voz delgada y una sonrisa sutil.

Ella está vestida con un estraple café y un jean que deja ver su delgada figura.

Tiene el cabello color castaño y una sombra sobre el rostro que le resalta los pómulos. "Aquí tengo que venir bien arreglada, porque yo soy de lo más carita del lugar": dice cruzando la puerta, entrando al sitio en el que durante dos años ha trabajado. Tatiana esquivo los asientos y mesas colmados de hombres, con una apariencia un poco mejor que los de afuera, que están acompañados por putas alegres y risueñas, mujeres que se dejan manosear y que beben parejo con ellos. "Si no sabes tomar, llevás las de perder. Aquí el que gana es el que queda bien, el que no se emborracha. Lo que se busca es embriagar al cliente y sacarle la mayor plata posible, incitarlo a que beba más trago o que nos compre botellas de aguardiente. Luego decidimos si las volvemos a colocar a la venta o nos las tomamos".

Tatiana camina con la seguridad de una ejecutiva mientras pasa por el lado de sus secretarias. Saluda a todos aquellos que se encuentra a su paso. "Hay que caerle bien a todos los que nos visitan y a las que nos visitan también, porque el que piensa que solo vienen hombres a este lugar está equivocado. También vienen universitarios; esos jueputas son los que más tienen plata y los que más lloran por la rebaja. Pero no se les puede decir nada, pues son de la mejor carne que nos visita. Esa cosecha de finales de los setenta y comienzos de los ochenta son los más apetecidos por nosotras. No sé, pero uno después de vieja se vuelve cada vez más pollera: dice riéndose con la Pitufa, una mujer de unos cincuenta y cinco años, aún bien conservada a pesar del diente que le falta. "Esos culicagados piensan que porque han estudiado se las saben todas, pero son los que salen más tumbados. Imagínese que por un solo condón le podemos pedir 3.000 pesos": dice la Pitufa mientras le muestra unas cuentas a Tatiana.

"Hoy no estoy de servicio": dice Tatiana mirando a su alrededor. "Por eso hice venir a Marcela, para que me relevara". Moviendo las caderas de un lugar a otro y buscando que su cabello no tropezara con

sus oscuros ojos, se sienta a unos metros de la barra, pide una caneca de Tapa roja y dos copas. "Esa Pitufa sí que tiene pmta de mujer pero, mentira, es otra como yo. Los clientes aprecian nuestro serVICIO, pues la política es que se tengan en la noche la misma cantidad de mUJeres que de travestis en este establecimiento", dice haCIendo caras por la fuerza que hace al abrir la botella. "Yo la quiero mucho, ella es mi mamá de noche, nos cuidamos entre las dos. Cuando llegué acá, ella era la que mejor me recibía y aconsejaba sobre los quehaceres de la casa".

Un ventilador refresca el opaco lugar. En ocaSIones pasa una ráfaga de luz azul por las mesas. A lo lejos se observa a la gente en la pista de baile. Se baila salsa y vallenato: "No puedo creer que a la gente de Cali le guste el vallenato, más bien lo he visto como una manera de rastrillarse a la pareja; yo también he ido a otras discotecas y he notado que cuando salen a bailar los manes no hacen más que Juntarle el pepito a pepita. Las mujeres tamblén en ocaSIones se aprovechan de esta situa. Cuando me saca a bailar un man de esos que mantienen por acá es lo más maluco de esta vida, pero uno se acostumbra. Al comienzo era difícil pero después se aprende a disimular la chucha y el mal aliento". En poco tiempo Tatiana ya se habla bebido tres copas de aguardiente.

"Ey, andate, andá buscate tu poyón a otra parte, pero a esta mesa no te acerqués", dice Tatiana, aquella mujer que los hombres miran con pasión y sus compañeras con respeto: una fiera tanto en la calle como en la cama. La más seria del lugar. "Esas novatotas no saben lo que se llama respeto, pero yo me fresqueo y después les tomo cuentas. Si el cliente no pide a otra mujer, no tiene por qué acercarse cuando ya está acompañado": dice en voz alta, observando a Pili, la más joven del lugar.

Pili lleva allí apenas una semana pero el sexo promiscuo, 1^{as} d^o rogas y los malos tratos hicieron que esta niña, de dieCiséis años, ya parezca toda una profesional. "No nos podemos dar el lujo de tenerla acá con tarjeta de identidad. Eso le dije cuando vino a pedir came-110 y al otro día se apareció con una cédula. Por eso está trabajando con nosotras": dice Tatiana, señalando su experiencia al momento de emplear a una mujer nueva. La edad también cuenta con los precios. Pili puede pedir por una mamada 35.000 pesos. Las trabajadoras ya verán si cobran barato o caro. Cada una ve cómo responde a la casa

por lo básico. "Por lo menos yo soy una que si un man me gusta se lo puedo soltar por 10.000 pesos con todo incluido. Pero eso si ha pasado unas tres veces es mucho. Y tiene que ser con condón, aquí las muchachas que trabajan están todas limpias, no son como las de afuera que en este momento pueden estar mamando pitos en cualquier parte de la calle por cochinos 3.000 pesos':

Tatiana lleva casi la mitad de la botella y empieza a hablar con más entusiasmo, Se acercan las diez de la noche y se nota en el lugar bastante movimiento de clientela. Los viernes y sábados es cuando la gente concurre más a estos sitios.

Las mujeres no trabajan todos los días, pero eso no pasa con Tatiana porque ella es uno de los símbolos del lugar. Siempre tiene que estar allí, así no esté de servicio. Ninguna de las empleadas conoce al dueño del lugar. Dicen que es un hombre gordo y cebudo, aunque otras dicen que es muy bien parecido; en fin, cada cual especula en sus ratos libres sobre cómo es este personaje. "Aquí si se tiene un rato libre es de milagro. Los hombres que vienen siguen viniendo porque los atendemos bien".

Tatiana, hombre de sinceridad aguda y fuerte carácter, nació en Cali hace veintiocho años en una familia integrada sólo por su papá y su mamá. El padre los abandonó a los dos años. En su niñez tenía amiguitos, estudiaba y era muy consentido en su casa. Tenía mucho afecto de parte de la mamá, que trataba de cumplir el papel de madre y padre, pues sabía la importancia para un niño de tener una figura masculina. Le dio el estudio sin ayuda del papá porque nunca más se volvió a saber de él. A la edad de ocho años, Juan Camilo, como se llamaba en esa época, notaba que no le gustaba jugar con carros: prefería las muñecas y admiraba ver a su mamá mientras se maquillaba. "Uno siendo niño puede notar que hay algo diferente pero no sabe qué es, al tiempo te das cuenta de que es algo que debe aceptarse para sí mismo. Recuerdo que me gustaba la ropa de mis amiguitas, la de mi mamá, y cuando ella no estaba intentaba maquillarme solo. Me echaba mucho colorete y mucha sombra. Mi abuelo era ciego y mis tíos siempre mantenían en la calle y no se daban cuenta de lo que yo

hacía, y cuando se daban cuenta pensaban que era curiosidad': dice Tatiana.

Pasaron los años y el cambio con los hombres era notable. La unión con sus amigos empezó a deteriorarse por las diferencias de opiniones. Ellos le empezaron a hacer críticas muy fuertes, pero Juan Camilo seguía teniendo buenas relaciones con las amigas.

"La relación con mi mamá siempre fue buena hasta que empezó a notar que tenía esta tendencia. No aceptaba que era verdad e intentaba creer que era mentira lo que todo el mundo estaba diciendo y nunca intentó aceptar lo que yo era. Todavía no lo acepta mucho, a pesar de que han pasado tantos años. Yo vivo con ella y siempre vive restregándose que no soy una mujer y nunca lo seré, y no me trata como tal sino como hombre. Nunca me ha quitado su ayuda, siempre he vivido en la casa, pero mantiene con ese resentimiento hacia mí", dice Tatiana con cierta tristeza.

Hasta su adolescencia vivió solo con su madre, pero después la familia la integraron los abuelos, dos tíos y un primo. A la edad de once años viendo el comportamiento de un tío, empezó a observar que la vida: como la vivían los hombres, no era para él. Aún no le gustaban los hombres pero sí se sentía muy afeminado. Los primeros años de colegio fueron como los de cualquier niño varón. La diferencia apareció cuando una niña lo besó en primero de bachillerato y todos sus compañeros se extrañaron por su reacción. Al hacerle ese "atentado", Tatiana empujó y golpeó a la niña, gritándole que nunca más en la vida se le ocurriera volverlo a besar.

Tatiana no tenía amigos. El único hombre con el que se hablaba era otro gayo "Él era muy especial para mí. Hablábamos de lo bien que nos sentíamos así. El ya había besado a otros hombres y me decía que era muy rico. Hasta ese momento yo nunca había besado a otro hombre, pero tampoco lo quería hacer. Entre nosotros dos nunca hubo nada, yo puedo ser travesti, mas nunca lesbiana", dice Tatiana tomándose otra copa de aguardiente.

La tranquilidad de "Las mejores" fue interrumpida por la algarabía de unas mujeres en una pelea callejera. Ninguna de las empleadas estaba involucrada. "Vengan, vengan, miren esas viejas como se parten la arepa", decía la Pitufa persistente y entusiasmada. Las mujeres dando vueltas en el piso se golpeaban con lo que encontraban. Al

cabo de un rato fueron separadas por dos hombres que, a empujones y madrazos, las llevaron a la casa de al frente.

Todos los que habían interrumpido su festejo por ver la pelea volvieron a sus quehaceres. "Nunca hay una noche sin una pelea, por lo menos no he visto una desde que estoy por aquí", dice Tatiana.

El colegio, a pesar de la suspicacia de sus compañeros por su reacción ante el beso de su compañera, para ella fue el comienzo de una nueva vida. En el Tecnológico del Valle fue donde conoció a las amigas que en un futuro le enseñarían todo sobre una mujer. Al principio se sentaba como un varón, intentaba hablar como un varón y pararse como un varón, pero ya al final del bachillerato no disimulaba nada. Empezó a entrar al baño de las mujeres y a orinar sentado. Lo único que agradece por no haber sido mujer es por la llegada del período menstrual. Al principio, las erecciones sólo las tenía cuando dormía.

Luego, pensaba en hombres y alcanzaba una erección. En ocasiones alcanzaba a eyacular. "Si yo hubiera sido hombre, hubiera sido una gran decepción. Mi pene era más pequeño que lo normal y después que empecé a aplicarme las hormonas en sexto de bachillerato se me perdió toda sensibilidad y se volvió más pequeño. Por las hormonas tenía que ponerme vendas para que no se notaran las tetas, pero ya estaba decidida a cambiar totalmente. Nadie me apoyó más que mis amigas. Me dejé crecer el cabello y parecía una mujer, pero el caminado me delataba mucho. Sin embargo, para poder vestirme como una mujer me tocó esperar unos dos años".

Fue en esa época que conoció al dueño de una de las platerías más reconocidas de Cali. "Empecé a trabajar con él llevándole niñas de quince y dieciséis años. Me pagaba muy bien pero nunca me acosté con él", dice Tatiana.

El trabajo para ella era vital, la mamá no le ayudaba en lo que quería hacer y se acostumbró desde entonces a manejar grandes sumas de dinero. Esa plata la utilizó para la compra de las hormonas y los primeros accesorios de mujer.

"Mi primer beso con un hombre fue tarde. Nunca me apresuré para eso, y hubiera querido que no fuera como sucedió. Fue con un hombre que conocía y para mí era como cualquier otro, pues tenía su esposa, que era muy amiga mía, y un hijo. Yo iba bastante donde ellos

y, de un momento a otro sentí que él me empezaba a tratar diferente, de una manera muy especial, pero yo no le para a o a, un .la estábamos todos viendo televisión cuando mi amiga se fue a la cocina y él se me acercó y me dijo que quería hacer algo, pero no sabía si hacerlo. Yo le dije que hiciera lo que quisiera, pero no conmigo. Entonces me dijo que sí era conmigo y le pregunté qué podría ser y, de pronto, se me acercó suavemente y me besó. Yo reaccioné y me quité de una, me sentí muy extraña ya que nunca en mi vida lo había experimentado, pero a la vez me sentí mal porque estaba mal lo que acababa de hacer, porque el tipo era la pareja de mi amiga", dice Tatiana.

En "Las mejores" es casi la una de la mañana y el establecimiento aún está lleno. La Pili hasta ese momento había estado con tres hombres y todavía se notaba con mucha energía.

El primer novio que tuvo Tatiana fue a los dieciocho. Se conocieron en un establecimiento público. Ella desde ese mismo instante sintió atracción por él y no le importó que tuviera mujer. Al principio él pensó que Tatiana era mujer, y a Tatiana le gustó tanto que decidió decirle que era travesti, y empezaron a salir juntos. Sin embargo, no podía recibir la visita dentro de la casa porque la mamá siempre estaba presente y el tío lo trataba mal. Apenas duraron cinco meses, hasta que él consiguió otra mujer. Desde ese momento decidió que seguiría teniendo novios, pero no llegó ninguno: todos eran amores pasajeros. Nueve años después conoció al que, hoy en día, es su prometido.

"El me dice que me salga de este trabajo, pero a re a a es que ya no lo puedo dejar", dice Tatiana.

"Mi primera relación fue con una persona que no tenía nada que ver conmigo, bueno, sí: era mi primo. Tema diecinueve años, pero después de que sucedió me arrepentí. Creo que la atracción era mutua. Todo ocurrió una noche que nos quedamos solos en la casa. De pronto las miradas se cruzaron y me dio un beso. Nos acariciamos y aunque no tenía experiencia en esto, él sí, ya que lo había hecho con otra persona como yo. Me fue quitando los pantalones, mientras yo lo acariciaba. Le besé el pecho y le hice sexo oral. Luego, se colocó un condón que mi tío tenía en la gaveta. Le di la espalda y me penetró. Al comienzo me dolió, como a cualquier mujer virgen, pero me sentí muy bien por las caricias que recibía de él. Supo tratarme con cariño hasta me pidió que le hiciera sexo oral una vez más y se me vino en

la cara. No me fastidió, pero al recibir su desprecio en ese instante, sentí que me había metido con el que menos debía", dice tocándose la cara.

Tatiana siguió trabajando, consiguiéndole mujeres a aquellos que se las pedían. Era muy popular entre las personas de dinero, pues la mercancía que conseguía siempre los satisfacía. Fue cuando las drogas empezaron a ser parte de su diario vivir. Los nuevos amigos y la perdición se apoderaron de ella: la vida que tenía, hasta ese entonces, se había esfumado, y empezó a trabajar como prostituta callejera, de la misma manera como trabajan las mujeres que ahora odia.

"Esa etapa de la vida fue la peor. Siempre me trababa para poder hacerlo. En una noche lo hacía con hasta seis personas. En otras seguía derecho, yeso era cuando me llevaban a fiestas donde había que dárselo al que lo pidiera. Las orgías eran comunes en Cali. No la pasaba mal pero tampoco era lo que me gustaba. La gente es cochina y morbosa, aunque no todos; recuerdo que en una ocasión se me acercó un señor y me pidió que lo hiciera con su mujer mientras él miraba. Yo no podía, ofrecía buen dinero, pero ¿cómo? Entonces lo mandé donde Metroymedio, un marica que nunca pudo esconder que era un hombre. Nunca tuve relaciones con las personas de la carrera Octava, plaza cotizada por aquellos y aquellas que quieren vivir una vida de miseria y regocijo a la vez. Pero gracias a mi carisma me gané el aprecio de todos. Un día conocí a la Pitufa y fue en ese momento cuando salí de las calles": dice Tatiana.

Los antiguos jefes aún la buscan, pero el sólo pensar que gracias a ellos fue como llegó tan bajo, la llevó a no comerciar con ellos de nuevo.

A la mamá ya casi no la ve. Tatiana llega a dormir y se despierta para salir de nuevo. En ocasiones encuentra notas de amor de parte de su madre, pero Tatiana no entiende el significado. Entre las cosas que le dice es que espera que no le vaya a pasar algo malo.

Tatiana no cree en Dios porque, dice, nunca ha tenido esperanzas.

Sin embargo, le gustaría tener su pareja estable, que la respete y la ame, pero sin hijos. Tampoco ha pensado en operarse el pene para

cambiar de sexo, lo ve como un karma que ha tenido en su vida y el cual tiene que aguantar. Una de las metas en la vida es aumentarse el tamaño del busto.

Para eso ha ahorrado durante mucho tiempo, porque el propósito que tiene es llegar a 36 de busto.

"Me considero gayo Mi anhelo sería ser mujer pero sé que nunca lo seré, por lo que ante el mundo me presento como gayo Pero eso sí, nunca un travesti más", dice Tatiana terminando su segunda caneca.

Son las seis de la mañana y mientras Marcela limpia un poco las mesas y el piso, entran las nuevas trabajadoras y salen las que estuvieron dándole prestigio y categoría al lugar durante la noche. En la barra, la Pitufa le entrega el puesto a la administradora de turno, una mujer alta y delgada. Tatiana, junto a Pili, cogen un taxi y desaparecen en las calles de Cali. Al atardecer volverán a esperar una nueva noche, una noche en la que atenderán a los clientes con la excelencia y calidad que sólo "Las mejores" brindan en la "zona rosa."

Junio de 2003